

Es un hecho real

Cuando hablamos de la resurrección de Jesús, algunos dicen lo que les parece, y en muchas ocasiones se lanzan explicaciones y teorías que nada tienen que ver con lo que ha sucedido realmente. Estamos tocando el núcleo de la religión cristiana, y no podemos andar con explicaciones que destruyen el misterio. En esto como en todo, hemos de atenernos a lo que nos enseña la Iglesia. No somos nosotros los que inventamos la fe o la moral que la acompaña, sino que la fe —y la moral consiguiente— es anunciada por la Iglesia, bajo la responsabilidad de los apóstoles, y uno la acoge o la deja, pero no tiene derecho a extorsionarla. La resurrección de Jesús es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas (CEC 639). No sucedió simplemente en la conciencia de los apóstoles o de las mujeres, como el que sueña con algo que nunca sabemos si fue verdad o mentira. No. La resurrección de Jesús es un hecho real, que le ha sucedido al mismo Jesucristo. Aunque nadie lo hubiera visto, ni a nadie se hubiera aparecido, en la humanidad santa de Jesús se ha producido un cambio fundamental. Ha pasado de su condición de carne mortal y sometida al sufrimiento, muerto por amor en la cruz, a la situación de carne glorificada, llena de gozo y para toda la eternidad. Es un acontecimiento histórico (CEC 643). Jesús no es un fantasma ni es un mito. Jesús es un personaje histórico, que ha vencido la muerte, después de estar en el sepulcro, y ha roto las cadenas de la muerte resucitando. Se trata de un acontecimiento sucedido en un lugar y en un momento concreto de la historia humana, dentro de las coordenadas geográficas y temporales de la historia. Jesús al resucitar no se ha ido de la historia humana, sino que ha entrado más adentro de esa misma historia, dándole sentido y transformándola desde dentro, para llevarla anticipadamente a su plenitud. La resurrección de Jesús es un acontecimiento histórico y trascendente, porque desborda la historia (CEC 647). La resurrección de Jesús cambia el corazón y la vida de quien se encuentra con Él. Uno no puede encontrarse con el Resucitado y continuar como si no hubiera pasado nada. El encuentro de los apóstoles y de las mujeres con Jesús resucitado les cambió totalmente la vida. Realmente se produjo también en ellos una transformación grande, al encontrarse con Jesús resucitado. Y de ese encuentro brota la misión, el envío para ser testigos ante los hombres de lo que han visto y oído a Jesús. Pero no basta con decir que la resurrección consiste en que la causa de Jesús continúa. Claro que continúa, pero porque Él está vivo y acompaña la historia de la humanidad transformándola desde dentro. Ni basta decir que la resurrección consiste en el cambio producido en la vida de los apóstoles y las mujeres. Ellos cambiaron porque se encontraron de sopetón con el Resucitado. La resurrección de Jesús no es la proyección de una necesidad sentida, no es una alucinación religiosa colectiva. No. La resurrección de Jesús es un hecho, que ha sucedido en el mismo Jesús transfigurando el cadáver depositado en el sepulcro. No faltan quienes dicen que si hoy encontrarán el cadáver de Jesús, su fe no sufriría ninguna alteración. Esa fe no es la fe de la Iglesia. La Iglesia confiesa y anuncia que el que ha resucitado es el mismo que fue depositado exsangüe en el sepulcro, y ha resucitado con su mismísimo cuerpo, no con otro que le hayan dado para la ocasión. Por eso el sepulcro de Cristo está vacío desde la mañana de Pascua y es una de las más preciosas reliquias que se

veneran en Jerusalén. Con mi afecto y bendición + Demetrio Fernández Obispo de Córdoba